

Madrid, un mes. . . . 1,50
Provincias, trimestres. . 6,00
Extranjero y Ultramar,
n año. 60,00

Número suelto del día, 5 céntos.
Idem atrasado, 50 idem.

AÑO VII

MADRID.—Domingo 23 de Diciembre de 1888

En Madrid, en la Redacción y Administración, calle de la Biblioteca, núm. 9, bajo izquierda, dirigiéndose exclusivamente al Director propietario D. Guillermo Auñán.
En provincias en las principales librerías.
En París Jouaust et Signaux editores.

El Eco Nacional

DIARIO POLITICO

Núm. 2.422

El Sr. Sagasta y los partidos.

Es indudable que la misión que en la política tiene el Sr. Sagasta, es la realización de la alianza de la democracia y de la monarquía, hecho que ha de llevar consigo la transformación de los partidos y la creación de nuevas agrupaciones, que se nos figura que se dibujarán con gran claridad.

Tal es la fuerza de la opinión y lo apremiante de las circunstancias, que observamos hoy fenómenos verdaderamente inusitados en la política española.

No hace muchos meses que las oposiciones a coro expresaban su opinión de que la vida de esta situación era imposible y que D. Práxedes había fracasado por completo y debía retirarse; y en cambio, tirios y troyanos le declaran irremplazable, insustituible, y el trono, en su alto criterio, así lo ha juzgado cuando no titubeó en encargarle la formación del nuevo gabinete, sin abrigar duda alguna que le llevara a consultar la opinión de los presidentes de las Cámaras, y los hombres importantes.

¿Que justifica cambio tan radical en la opinión de los partidos?

¿En qué se funda la unanimidad de pareceres? Ya lo hemos dicho, y el hecho no admite duda; la misión de D. Práxedes está bien definida y por encima de todo las circunstancias lo imponen.

Tal evidencia honra al Sr. Sagasta, pero debe hacerse comprender que su posición es muy difícil y que tiene contrarios con el país inmenso deberes. La gloria puede ser mucha; pero el fracaso sería sin duda desastroso.

Los últimos debates de las Cámaras, especialmente del Congreso, han dejado percibir las líneas generales de las futuras y tal vez próximas evoluciones, al mismo tiempo que la vacilación y la duda que hoy se apodera hasta de las más claras inteligencias.

Las tendencias de la mayoría empiezan a tratar de leer en el libro del porvenir, pero comprenden que hay problemas que tienen que resolverse juntos para que establezcan una legalidad común, sin la cual nada podría fundarse.

A los actos de fiera independencia, suceden los ecos del patriotismo y resentimientos e incompatibilidades se funden en el altar sagrado de la patria; pero se funden sin que la consagración de esta unión presuponga la indisolubilidad del lazo.

Las reformas militares serán un hecho: el sufragio universal, votado por las Cámaras y sancionado por la Corona, será la pública y definitiva confirmación de que la monarquía, verdadero interés de la nación, es la salvaguardia de la libertad y la garantía de todos los derechos, y que puede desafiar la obcecación de su adversario desde el inexpugnable baluarte de la soberanía nacional. Entonces no sólo sin peligro, sino por el coronamiento del santuario edificio, los campos se deslindarán y en las futuras Cámaras que el sufragio universal levante, se presentarán sin duda alguna completamente formados y exuberantes de vida los nuevos partidos, no quedando del que acendilla el Sr. Cánovas más que un recuerdo en la historia, si sigue aferrado a sus prácticas autoritarias.

Del tino, de la precisión de D. Práxedes, al proceder en estos momentos, depende indudablemente, como ya hemos dicho, el éxito; pero tenga entendido, que se atiende a la vida oficial y a su perpetuidad en el mando, mas que a las indicaciones que su política ofrece, tanto en la formación de los gobiernos cuanto en el halago o preterición de personalidades; el hábrase el iniciador, pero otros recogerán el fruto, pues los hombres públicos cuando son ejecutores del verdadero impulso de las naciones, son insustituibles, como él lo es ahora, pero cuando se ciegan y las desconocen, o desconociéndolas, las contrastan, son sacrificados despiadadamente.

Los pueblos son en sus impresiones al revés que la Providencia: ésta, por un momento de verdadera contrición, perdona una vida desenfrenada; aquéllos, por un día de error, olvidan años de gloria y de sacrificios.

El Sr. Sagasta ha reunido bajo su indiscutible jefatura, el partido más grande, de más poderosa iniciativa, de más valiosos elementos y de más diversas, pero también más patrióticas tendencias, que registra nuestra historia política, ha sostenido su disciplina y sabrá conducir a la victoria. Completada ésta, tiene que presidir la conveniente distribución de las fuerzas, para que el país pueda obtener los beneficios de la paz.

La empresa es árdua; Dios le inspire, así como nuestro modestísimo apoyo no ha de faltarle.

La cuestión militar.

De la solemne altura donde se había colocado el debate sobre la reorganización del ejército, ha descendido al terreno vulgar de la agresión material, que es a donde llevan las cuestiones las sociedades primitivas. Se ha dado el escándalo, y los encargados de velar por el decoro de una gran institución, son los que deben cuidar de encauzar nuevamente el debate, resolviendo el problema allí y sólo allí donde corresponde hacerlo en un pueblo regido por el sistema constitucional.

Pero con este motivo se ha suscitado otra cuestión de vital importancia en sí misma y por lo que se roza con el libre ejercicio de nuestra profesión. Prescindiremos de las pretensiones del diputado Sr. Orozco, encaminadas a encomendar a la jurisdicción militar los abusos de la prensa que pudieran tener por objeto producir antagonismo entre los distintos cuerpos del ejército. La mera enunciación de esta idea, ha provocado universal protesta y no ha merecido siquiera los honores de la discusión. No ha sucedido sin embargo lo mismo respecto al caso concreto de que tales delinquentes sean militares.

Se han dibujado, al tratarse esta cuestión en el Parlamento, distintas y opuestas tendencias; la de los que podíamos llamar ordenancistas, como el Sr. Cánovas, que dan la cuestión por resuelta, citando algunas leyes y reglamentos dictados sobre el particular, y la de los que sostienen un criterio más expansivo, no queriendo pivar al que ejerce la noble profesión de las armas de uno de los derechos más preciados del ciudadano.

Nosotros creemos que ni el Parlamento ni los hombres políticos tienen por qué ocuparse de esta cuestión, que corresponde íntegramente a los tribunales militares. Más que de principios, nos parece esta cuestión de mero procedimiento, perfectamente marcado por la legislación vigente.

Ni el Gobierno, ni aún los tribunales ordinarios deben inmiscuirse en este asunto, existiendo el fuero militar.

Si un individuo que pertenece a esta respetable clase, delinque por medio de la prensa, ó se sospecha que haya delinquido a juicio del fiscal encargado de velar por los altos intereses sociales, puede dar traslado de la acusación al tribunal militar competente, que procederá a exigir la responsabilidad que resulte, en virtud de su fuero y conforme a las leyes que rigen dicha institución.

Esta nos parece la solución obvia y natural del conflicto, que deja intactos todos los derechos y no prejuzga lo que de tan diversa manera se aprecia entre los dignísimos gerarcas del ejército que tienen un puesto en el seno de la representación nacional. El cuerpo legislador no está llamado a interpretar las leyes que directa ó indirectamente hayan salido de su autoridad, y todas las polémicas que allí se agiten en este sentido, adolecen de falta absoluta de oportunidad.

¿Qué resulta, pues? Si es un militar el que falta a la ley común sembrando disensiones y hostilidades entre los distintos cuerpos del ejército, caerá bajo la acción de la ley, como otro cualquier ciudadano; pero, a diferencia de los que no pertenecen al noble instituto, será juzgado por sus propios tribunales, a quienes concede la ley especiales facultades y reglamentos en semejantes casos.

De esta manera se concilian las encontradas opiniones, pues de una parte no se levanta sistemáticamente una barrera a la intervención de los militares en la cosa pública, cuando ésta se ejerce honradamente y en beneficio del país; al paso que se evitan y castigan como es justo, los abusos y extralimitaciones por quien debe y puede hacerlo.

Nosotros quisiéramos que no llegaran jamás escándalos como el que lamentamos; quisiéramos que unos y otros se inspiraran en el bien general, en vez de hacerlo en un mezquino espíritu de cuerpo, si no de un interés personal más mezquino todavía, pero puesto que esto en lo humano no siempre puede evitarse, que de el culpable bajo la cuchilla de la ley y los inocentes en el libre ejercicio de los derechos comunes a todos los ciudadanos.

Lo demás tiende a involucrar cuestiones, por demás sencillas, ora pretendiendo someter a los ciudadanos en general a un tribunal privilegiado, ora considerando a los que tienen sus jueces especiales como perteneciendo al derecho común. La ley de imprenta es bastante explícita para saber cuando un delito de carácter militar se ha cometido por medio de la prensa.

Averiguado el hecho, toca al tribunal competente dirimir el conflicto y hacer que se cumpla la ley según el carácter de la persona que la haya infringido. ¿Qué más se puede desear?

ECOS POLITICOS

Cuenta El Liberal:

«El diputado a Cortes Sr. Ruiz Martínez ha tenido una idea feliz.

Y en seguida, porque no era cosa de perder tiempo, la ha embutido en un proyecto de ley que ha presentado ó va a presentar en el Congreso.

La idea feliz del Sr. Ruiz Martínez, diputado liberal, es la siguiente:

Sujetar a la prensa a la legislación militar en todos aquellos asuntos que se refieren al ejército.

Eso por ahora.

Porque no es de creer que el Sr. Ruiz Martínez, una vez colocado en tan buen camino, quiera detenerse.

Y, cuando se apruebe ese proyecto, presentará otro para que la prensa quede sometida única y exclusivamente a los tribunales militares.

Que era también el bello ideal de aquel liberalote célebre que se llamó general Hoyos...

El de los cuatro rivitas.

Na hay peligro de que llegue a ese extremo la cosa.

Precisamente la proposición del Sr. Ruiz Martínez ha logrado lo que ninguna otra; unir las voluntades de todos los diputados.

Porque el Congreso en masa, sin excluir al señor Barón de Sangarren, lo desaprueba. Satisfecho puede estar el Sr. Ruiz Martínez.

La Epoca, intentando sacar punta a las escenas militares del Congreso, dice:

«El debate de ayer en la Cámara popular es de los que producen honda pena en cuantos aman la disciplina del ejército y se preocupan por la armonía que debe reinar en todas sus armas é institutos.

La responsabilidad de lo que directa ó indirectamente sobrevenga es del Gobierno sólo. Cuando se conoce el mal y no quiere remediar, se ve la deficiencia de las leyes y no se procede a su perfección, es natural que surjan debates peligrosos y se vea a hombres como el Sr. Cassola ponerse enfrente de la Cámara y del Gobierno de que formó parte.

Todo ello es de una naturaleza gravísima, y bien harán los hombres juiciosos en poner su atención en este grave problema político-militar.

Pero lo grande consiste en que, reconociendo los conservadores «la deficiencia de las leyes» no solo no «procedieron a su perfección», sino que han puesto al Gobierno que intenta hacerlo todo linaje de obstáculos.

Buena lógica, la lógica conservadora. Y luego se extrañan de que les silben.

En el banquete celebrado hace tres días en Fornos por los concejales del Ayuntamiento para obsequiar al Sr. Becerra, anunció el alcalde Sr. Abascal, que dentro de breves días pasará a la aprobación del Gobierno el proyecto de la Gran Vía, informado por el Consejo de Estado; el proyectado empréstito municipal, que se propone se saque a concurso, y la construcción de ocho edificios municipales.

«Espero, dijo el Sr. Abascal, que el Gobierno nos ayude en estas obras de progreso, de prosperidad y de bienestar para las clases trabajadoras, la industria y el comercio.»

Cuente también el Sr. Alcalde de Madrid con nuestro modesto é insignificante apoyo, para el logro de aquellas empresas, dentro de la legalidad vigente.

Por de pronto, merecen nuestro aplauso los trabajos del Sr. Alcalde y del Municipio para realizar en Madrid aquellas mejoras.

El Correo Español niega que el proyecto de congresos católicos, como el que se prepara en Madrid, obedezca a prescripciones del Vaticano.

Y lo funda que otros semejantes se celebraban anteriormente en Alemania, etc.

Precisamente periódicos alemanes son los que han divulgado la apreciación que nosotros hemos prohibido, como otros periódicos de esta Corte. Semejantes congresos tienen por fin único hacer atmósfera en favor del poder temporal.

Es chocante la seriedad con que escribe el colega lo siguiente:

«La verdad es que ya había sucedido el hecho muchas veces, y que los perseguidores como Enrique IV, Colonna, Nagoret, etc., habían sido castigados por algo que no son los cánones asestados contra la Santa Sede.

Ignorábamos que ninguno de estos señores se hubiera apoderado del poder temporal del Papa, ni que tengan nada que ver con la cuestión de que se trata.

Antes bien, todo lo contrario.

En ambas Cámaras discutióse ayer muy ampliamente sobre cuestiones militares y muy especialmente de la que viene ocurriendo en la prensa militar y del suceso de anteayer de que en otro lugar nos ocupamos.

De toda la discusión habida ayer en el Senado y en el Congreso, deducese principalmente una afirmación importantísima.

Que el ejército no tome parte ni directa ni indirectamente en las cuestiones que puedan promover ya los escritos de un periódico, sin más representación que la de sus redactores, ya también las intemperancias ó abusos que cometan algunos oficiales excitados por los ultrajes que creen recibir.

Esto es lo importante y no debe existir preocupación por lo que ocurra, que no es más que un hecho aislado, sin resonancia de ninguna clase.

El Gobierno excitará el celo de los tribunales y de las autoridades y éstas se encargarán, castigando con mano fuerte, de que no se repitan escenas lamentables.

El Correo ha declarado, con informes de autenticidad indudable para el colega, que el señor Gamazo está conforme ahora, como siempre, con la organización del partido liberal y con la jefatura de su esclarecido caudillo el Sr. Sagasta.

Podrá ser; pero si el Sr. Gamazo está conforme con todo eso, a nosotros nos consta que la inmensa mayoría, la casi totalidad del par-

tido liberal, no está conforme con la conducta del Sr. Gamazo a quien considera mucho más pernicioso dentro del mismo partido que temible enfrente de éste.

El Globo, refiriéndose a lo ocurrido en la redacción de La Correspondencia Militar, escribe: «Deploramos amargamente el caso, si es que en tal forma ha ocurrido.

Funesto será el precedente, pero al menos nos quedará la satisfacción de decir antes y después de lo que resulte, que en esas tristes desavenencias no cabe responsabilidad ni a los hombres civiles ni a ninguno de los partidos políticos españoles.»

Ni a los militares tampoco.

Esos hechos ocurren y la responsabilidad solo corresponde personalmente a los autores.

Dice El Imparcial.

«El Diario Español no desea que los platos vuelen por el aire.

Pero teme que sin desearlo suceda.

Pues vamos preparándonos a meter la cabeza entre las alas, compañero.

Y suceda lo que Dios quiera.»

¡Conque El Imparcial se prepara a meter el pico bajo el ala!

¡Valiente pájaro!

Según dice un periódico, el Gobierno ha reconocido que es lícita la propaganda de las doctrinas conservadoras.

Y siempre lo fué.

Quien únicamente ha declarado que no admite la propaganda conservadora, ha sido la opinión pública.

Y eso bien lo sabe el Sr. Cánovas.

El Noticiero, poseído sin duda de los errores que le inspiró el fracaso del Sr. Cánovas, escribe un artículo bajo el título: «En plena revolución.»

Algo parecido les acontece a los conservadores que cuando triunfa la revolución.

Y peor, porque entonces, les queda la esperanza en una restauración, más ahora están sin esperanza.

CARTA DE BARCELONA

SUMARIO.—El Palacio de Bellas Artes.—Detalles.—El salón de fiestas.—Ceremonias.—Pintura.—El cuadro de Ugarte.—Armet.—Denis.—Bauza.—Soler.—Riquer.—Serra.—Galofre.—Marfreu.—Tamburini.—Parada.—Ferran.—Villodas.—El Crédito Lyonés y la reforma de Barcelona.

Señor director:

Muy señor mío: Entre los edificios de carácter permanente que han de continuar sirviendo de gala y adorno al Parque de Barcelona, el Palacio de Bellas Artes es sin disputa el más grandioso é importante. Emplazado a la entrada del llamado paseo de San Juan, en cuyos comienzos se encuentra el arco de triunfo, entrada principal de la Exposición; ocupa un espacioso rectángulo, y su alzada, de gusto moderno, es de severas y elegantes líneas y de admirables proporciones, con caprichosas e lógicas en las anchas ventanas y hornacinas distribuidas en los entrepaños en toda su fachada, revela el arte y el buen gusto, viniendo a ser por lo tanto, digna morada de las maravillas artísticas que encierra. Una ancha escalinata da acceso al vestibulo, en cuyo frente se encuentran las tres puertas de entrada del gran salón de fiestas, y en los costados las dos escaleras, que a derecha é izquierda, conducen a las galerías laterales del piso bajo y del principal. Las galerías de la planta baja están destinadas a la sección de escultura y a la de arqueología que ya he descrito en una carta anterior; y dos principales a la sección de pintura y a la instalación particular de la Real Casa.

No me detendré en describir el hermoso salón de fiestas, donde se verificó la solemne ceremonia de apertura de la Exposición, presidida por la Reina Regente, y posteriormente los concursos de bandas y orfeones y la distribución de premios a los expositores; porque de ello se han ocupado con motivo de las citadas fiestas, ilustraciones y revistas; bástame decir que es un verdadero modelo en su género; elegante y severo a la vez, que es por sus dimensiones verdaderamente grandioso: sus techos de elevadísima altura proporcionada a las dimensiones de la planta, están formados por elegantes armaduras de hierro, nuevas completamente, hasta el día, en construcción, obra que acredita por sí sola al inteligente arquitecto que las proyectó. A una altura conveniente, rodea al salón una galería volada, y en los dos testeros están colocados los órganos eléctricos contruidos por el Sr. Amerena. Adornan el salón diferentes esculturas, copias en yeso la mayor parte de las estatuas del Parque.

Empezaré mi descripción de las galerías laterales por la sección de pintura, y de ésta las salas españolas, por ser las más numerosas é importantes.

Ocupan los pintores españoles seis salas espaciosas.

Muchos de los cuadros de más importancia han figurado ya en la última Exposición de Bellas Artes celebrada en Madrid, y sus asuntos, así como el análisis de sus bellezas y defectos, han sido ya tratados por distinguidos críticos de reconocida pericia: no me ocuparé, pues, de éstos, sino en aquellos puntos en que mi humilde opinión de *amateur* de las Bellas Artes disiente grandemente del fallo de anteriores críticos.

Del resto de los cuadros desconocidos en su mayor parte, de los que leen estas líneas, sólo mencionaré los que algo de notable ofrezcan. Claro es que no he resenado largamente uno por uno, los numerosos lienzos, bocetos y acuarelas que llenan los salones.

Asunto sería esto superior á mis fuerzas, y no soy tan poco modesto que quiera convertirme en juez inapelable en materia artística. Ofrezco, pues, solamente á mis lectores una descripción con puntos y ribetes (los menos posibles) de ligera crítica.

Poco hay de notable en la primera de las salas españolas. Ugarte, presenta un cuadro de regulares dimensiones, en primer término destacan las figuras de varios muchachos de playa en actitud de lanzarse al mar á recoger las monedas que desde el muelle les arrojan; el asunto en general, no está mal tratado y las figuras de los muchachos tienen en su mayor parte naturalidad y animación, pero la composición del grupo del segundo término, deja algo que desear. Armet, expone un paisaje tan recargado de colores, que semeja una paleta bien surtida; la figura de la campesina que coloca un cesto sobre un grupo de rocas, es muy forzada y parece más bien que hace inauditos esfuerzos por arrancar una piedra monstruosa.

Marqués, presenta un San Francisco; la cabellera es acabada y perfecta, y el tono oscuro del cuadro es de buen efecto.

Denis, un ensayo en un teatro; el conjunto de figuras es artístico y el colorido brillantísimo. Bauza, un estudio de cabeza. Coma una copia fiel animado cuadro del Hipódromo de Madrid, á la salida de las carreras; el conjunto tiene animación y vida, y las figuras, retratadas en su mayor parte, bastante acabadas, dado su tamaño. Soler, un puesto de la Rambla de las flores, de asunto ligero y que se presta á poco.

Riquer, el reputado dibujante, ha pintado una preciosa miniatura en zinc, con la figura de la Virgen, rodeada de grecas y adornos, verdaderamente artísticos.

Serra, ha remitido de Roma un cuadro que titula Tormentos del alma; es la figura de una cortesana, todavía en traje de baile, arrodillada ante una madona; el asunto es interesante, y en general, excepto la figura de la imagen, que tiene ligeros defectos, está primorosamente ejecutado. Galofre, una procesión del pueblo, que es un cuadro de género sumamente notable.

Jesús, cubriendo las olas, cuadro de Mafhesa, es á mi parecer lo más notable de esta sala. Ocupa Misfren entre los pintores catalanes, un lugar preeminente, y sus marinas son admiradas por todos los inteligentes en pintura; no es pues de extrañar que haya justificado su fama en el cuadro de que me ocupo. No es el asunto capital del cuadro el que su título indica, lo verdaderamente notable y maravilloso, es un estudio de ola que se destaca en primer término, de una verdad y colorido perfectos; y el resto del cuadro—mar horizontal—todo está admirablemente tratado; lo único que empuja á la grandiosidad del conjunto, es precisamente la figura de Jesús, sobre las olas, raquítica y fuera de lugar. En resumen, una magnífica marina, que para estar completa, le sobra la figura.

En el resto de la sala, solamente merecen citarse: Cuants Deus hi ha? conmovedor é interesante cuadro de Marqués, y algunos lienzos con flores y frutas bien tratados en su mayor parte.

Tamburini, expone en la sala segunda, un cuadro, que le puede dar patente de hábil copador; tan perfectamente están ejecutados objetos de arte tan diversos como un hermoso grupo de flores, una imagen de metal, que parece escaparse del cuadro, columnas de piedra, alabados de raso, terciopelo, etc., un conjunto, en fin admirable.

Parada y Santín presenta un bodegón, con agradable y variadas figuras y buena ejecución, y M. Ferrán, una tablita cuyo asunto es, una feria digna de ocupar mayor espacio, por que la excesiva aglomeración de figuras muy bien ejecutadas, impiden poder apreciar el buen efecto del conjunto. Villadas exhibe el San Francisco que si mal no recuerdo, figuró en la Exposición de Madrid, y Salas, unos jugadores de tresillo, las cabezas tienen vida y expresión. Y por hoy despidámonos del arte hasta la próxima carta.

Las fiestas de clausura de la Exposición, han sido magníficas.

Aún debo á los lectores de ese periódico una reserva del Palacio de Ciencias y de Agricultura, que irán en mi próxima carta.

Empiezan á preocuparse en Barcelona de las obras de ensanche de la ciudad. Parece que el Crédito Lyónés, que se ha establecido aquí recientemente, tiene el propósito de hacer una gran negociación con el ayuntamiento, y aún hay quien dice que se ha establecido aquí con este objeto y que el acuerdo está muy adelantado. Ignoro detalles; de todos modos, sinó es beneficioso á los intereses de Barcelona, sería de lamentar que una sociedad extranjera se aprovechara en pro de sus intereses, del entusiasmo que en las esferas oficiales y fuera de ellas hay, para que se realice la reforma de la ciudad. De V. afectísimo s. s.

E. C.

18 Diciembre, 88.

LOS SUCESOS DE ANTEAYER

Un periódico de la tarde los describe así: «Hace ya días tuvieron noticia las autoridades de que varios oficiales de Estado Mayor, molestados por un violento artículo publicado por *La Correspondencia Militar* contra dicho cuerpo, pensaban realizar contra el periódico una manifestación de desagrado.

La autoridad había tomado sus medidas para que no se efectuase dicha manifestación.

Fuerzas de la policía vigilaban las inmedia-

ciones de la redacción de aquel periódico, situado en la calle de Orellana, pero no se confirmó la noticia y las precauciones resultaron inútiles.

Anoche á las nueve y media llegaron á la expresada redacción tres personas que llevaban el uniforme de Estado Mayor y penetraron violentamente en las oficinas, que ocupan una estancia de la casa en que vive el director del periódico. Según la versión de éste, no fueron tres las personas que invadieron la redacción, sino ocho, tres con el uniforme de Estado Mayor y cinco de paisanos.

Apenas penetraron en la redacción prorumpieron en frases desatentadas y amenazadoras y en gritos de «¡Canallas! ¡Miserables!»

Sólo había en la estancia un redactor de *La Correspondencia Militar*, quien quedó inmóvil y confuso por el brusco de la acometida, y sobrecogido por el número de los que le atacaban. Estos pusieron ante su rostro un número del citado periódico y violentamente se lo refregaron por la boca, acompañando la acción con denuestos é insultos.

Los gritos de los que habían invadido la casa, sus violentos ademanes, los golpes que daban en las mesas y la furia con que desgarraban periódicos y papeles, produjeron la alarma en la familia del director del periódico. Dicho señor estaba ausente, hallándose á aquella hora en el Congreso; su esposa, que cuidaba en habitación contigua de dos niñas, gravísimamente enfermas, recibió el susto consiguiente, y hondamente perturbada cayó también víctima de un accidente, siendo su situación muy delicada.

Los invasores permanecieron largo tiempo en la redacción. Según una de las versiones, estuvieron allí cerca de una hora, usaron el teléfono que hay en las oficinas y pidieron comunicación con la capitania general, ignoramos para qué.

Avistado el gobernador civil, Sr. Aguilera, de lo que ocurría, presentóse inmediatamente en la redacción del periódico militar y detuvo á los que habían penetrado en ella por modo tan violento, tomó sus nombres y salió con ellos, poniéndolos en libertad así que llegaron á la calle.

Un grupo numeroso de gente se había formado en la puerta de la casa, y según una de las versiones, había en este grupo algunos amigos de los agresores.

El capitán general, que fué avisado de los sucesos, dió cuenta de ellos al señor ministro de la Guerra, y el señor gobernador los participó al ministro de la Gobernación y no sabemos si al juez de guardia, á quien corresponde la instrucción del proceso, pues se trata de un hecho que no cae dentro del fuero militar.

Añádese que los autores del atentado se fueron, después de realizarlo, á la capitania general.

Deploramos de todas veras el suceso, sintiendo que las crueldades de *La Correspondencia Militar* hayan determinado á los oficiales de Estado Mayor á realizar un acto tan grave, y que éstos hayan tomado con tan excesivo calor este enojoso asunto.

Más tarde recibimos *La Correspondencia Militar*, de cuyo periódico copiamos lo que sigue: «Serían como las nueve de la noche cuando llamaron á la puerta del cuarto donde tenemos la redacción; y sin dar tiempo á la criada que abrió, para preguntarnos lo que deseaban, entraron en tropel cinco hombres, dando desaforados gritos, maldiciendo y llenando de improperios á los redactores de este periódico; de aquellos cinco hombres, tres vestían el uniforme del Estado Mayor de Ejército.

Al entrar en la redacción se encontraron, por casualidad, pues no era hora de trabajo, con un redactor que apenas tuvo tiempo de levantarse; porque aquellos valientes caballeros se echaron sobre él, y pasándole por la cara un número de *La Correspondencia Militar*, le atropellaron é insultaron atrocemente, dando remate á su hazaña golpeando al infeliz noticiero, que, sin medios de defensa, quedó aterrado en la silla, sin poder darse cuenta de aquella inefable agresión.

A un empleado de la administración, ocupado en sus quehaceres, también quisieron acometerle y maltratarle.

Mientras ocurría este vandálico acto, tenía lugar en las habitaciones reservadas del director una escena dolorosa y triste, causada por el atropello.

Una pobre madre velaba á dos agonizantes hijas, niñas de seis meses, atacadas de enfermedad mortal; al oír aquel escándalo y verse sola con otras dos señoras que la acompañaban, como el conato del día anterior le explicara lo que ocurría, fué presa de un accidente que hoy la tiene enferma en cama, sin poder auxiliar á sus inocentes criaturas, una de las cuales ha muerto hoy desgraciadamente.

Pero sigamos á esos caballeros, que tan alto han puesto el uniforme que visten.

Presentóse el inspector del distrito con dos parejas, consiguiendo con su presencia calmar un poco á los oficiales de Estado Mayor, hambrientos sin duda de devorar á alguien, según su actitud.

Oyóse á poco otro escándalo á la puerta de la habitación; eran cuatro oficiales más del mismo Cuerpo que venían en auxilio de los anteriores y disputaban con el portero de la casa que les quería impedir la entrada en la Redacción.

Reunidos todos en ésta, seguían dando gritos aquellos oficiales, á pesar de los delegados y parejas, cuando entró el gobernador señor Aguilera, el que, después de algunas preguntas ceremoniosas, fuese con unos y otros, viendo los que observaban, que puso en libertad á dichos oficiales de Estado Mayor.

ECOS PARLAMENTARIOS

SENADO

SESIÓN DEL DÍA 22 DE DICIEMBRE DE 1888

Después de algunas preguntas sin interés, el Sr. Fabié solicita del Gobierno le diga qué es lo sucedido en la redacción de *La Correspondencia Militar*, y qué medidas piensa adoptar el Gobierno, así para castigar á los que la

violaron, como para evitar la reproducción de hechos semejantes.

Contestó el señor ministro de la Gobernación, alejando del Gobierno toda la responsabilidad de lo ocurrido, tratando de atenuar los hechos y afirmando que se tomarán cuantas disposiciones se crean conducentes para el logro de los deseos del Sr. Fabié, que son, dice, los suyos.

No se satisface el senador conservador con esta respuesta, y apoyado por el señor duque de Tetuán, que hace uso también de la palabra, dirige acerbos censuras al Gabinete, culpa á las reformas militares de haber llevado al ejército la división y el caos, y exige que declare el ministerio en concreto qué piensa hacer con respecto á este importantísimo asunto.

El Sr. Capdepón asegura que está animado de los mejores propósitos, que lamenta lo ocurrido y que evitará se repitan hechos de esta especie.

Elogia al Gobierno por haber presentado las reformas militares que normalizarán la situación del ejército porque las reformas serán nacionales. (El Sr. Salamanca pide la palabra.)

El Sr. Gullón habla para alusiones como firmante de la ley de policía de imprenta, manifestando que peca de injusta ó apasionada la censura, porque su texto no ha alterado en nada la institución.

Deplora cualquier alteración del orden público, pero deplora más el apasionamiento de los que denuncian los hechos exagerándolos y dándoles una importancia que no tienen.

El Sr. Fabié: En año y medio hicimos más nosotros por las reformas del Código penal que en tres los liberales.

El Sr. Gullón recuerda (sin citar nombres propios, pero aludiendo visiblemente al general Martínez Campos) que en tiempo de los conservadores fué objeto de ataques por parte de algunos periódicos, sin que aquel Gobierno hiciera ni más ni menos de lo que ha hecho éste.

Cree que no tiene importancia lo ocurrido anoche en la redacción de un periódico militar, calificándolo de movimiento aislado de unos cuantos oficiales, sin que esto responda á un estado grave y general del ejército, y se extraña de que, creyendo lo mismo el Sr. Fabié, venga á leer á esta Cámara palabras de un desdichado periódico que de seguro no conoce nadie de los presentes.

(El Sr. Fabié se revuelve bastante airado contra el Sr. Gullón por creer que trataba de achacarle el que fomenta la efervescencia que se nota en el ejército, y el Sr. Gullón contesta con dignidad y energía al senador conservador.)

Rectifica el señor duque de Tetuán, pidiendo al Gobierno que declare de un modo concreto y terminante la forma en que el Gobierno piensa corregir las deficiencias que confesó hay en la legislación vigente para mantener la disciplina del ejército.

El señor ministro de Hacienda le contesta que el jefe del Gobierno no dijo que era impotente para corregir los males que todos deploramos: lo que dijo es que lamentaba no tener medios más expeditos, echando de menos, entre otros, el del Código penal.

(El Sr. González interrumpe su discurso, y el señor duque de Tetuán lee el discurso pronunciado ayer por el Sr. Sagasta.)

Ya no me cabe duda, dice el señor ministro de Hacienda, de lo que desea el señor duque de Tetuán: el Gobierno llenará el vacío que se nota en la legislación por el único medio que tiene á su alcance, que es el de las Cortes, y mientras tanto procurará por medio de la ordenanza que ésta se cumpla y que entre todas las armas del ejército reine la armonía necesaria.

Los señores duque de Tetuán y González (D. Venancio) rectifican varias veces, manifestando éste que el Gobierno no puede declarar que antepone la discusión del Código penal á todos los proyectos presentados ó por presentar.

El general Salamanca habla para alusiones. Durante catorce años—dice—estuve yo ofreciendo reformas militares á nombre del partido liberal; y en esos años no desplegó los labios el Sr. Cassola, hasta que llegó al Gobierno y le cortaron el *frenillo*. (Risas.)

Yo declaro que aquellas reformas no eran una perturbación para el ejército, como son éstas.

El señor presidente llama la atención del orador sobre sus conceptos estando pendientes de discusión los proyectos en la otra Cámara.

El general Salamanca continúa: Yo no he vestido nunca de artillero de *pega* (rumores); yo soy y he sido siempre de infantería, y creo que el Gobierno debe pedir al Sr. Cassola que declare que los periódicos que se atribuyen su representación no la tienen para sembrar cizaña en el ejército.

El señor presidente le llama la atención sobre sus cargos á un diputado ausente.

El Sr. Salamanca: Yo no creo que respondan esos periódicos á las indicaciones del general Cassola; pero como algunas de las amenazas de los periódicos coinciden con otras del exministro de la Guerra, creo que está en el caso de aclararlo.

Dice que las reformas no son urgentes y que el único deber del militar es defender la disciplina, los intereses de la patria y morir por ella. (Muy bien.)

El señor ministro de Hacienda dice que el Gobierno no puede creer que el general Cassola inspire esos periódicos.

Rectifica el general Salamanca. Si yo hubiera sido ministro, le hubiera cortado las alas (risas) al general Cassola desde el día que empezó á hacer amenazas.

El Gobierno debe apretar los tornillos á los periódicos escritos por paisanos y militares *plumíferos*.

El señor ministro de Hacienda dice que el Gobierno no ha oído amenazas al general Cassola.

El general Primo de Rivera: En nombre de la infantería española, á la cual pertenezco desde hace muchos años, protesto contra esos libelos que dicen que llevan nuestra representación.

Puede, dice, que los escriba algún mal oficial reclamado por los tribunales, y que no ha pasado por el campo de batalla, donde se estrechan los lazos de las armas.

El sueño de un infante no ha podido ser sueño de ningún militar digno.

Dadme un puesto, y veréis si corto el mal en pocos días.

El señor ministro de Hacienda dice que el Gobierno hará cuanto pueda por corregir el mal.

El Sr. Jovellar defiende al ejército.

El señor ministro de Marina, en nombre de su compañero el de la Guerra, se felicita de que el ejército continúe siendo modelo de lealtad.

El general Martínez Campos pide una solución práctica, que cree puede ser una ley especial.

El señor ministro de Hacienda dice que estando á medio discutir el Código penal, es más práctico esperar.

El Sr. Martínez Campos predice que el proyecto de Código penal no se aprobará.

El Sr. Fabié pide al Gobierno que modifique tres artículos del Código vigente.

El Sr. González dice hay un proyecto de ley sobre el mismo asunto en la otra Cámara.

El Sr. Silvela (D. Luis) lamenta que no prosperara un voto particular suyo por el que se autorizaba al Gobierno para modificar el Código penal.

ORDEN DEL DIA

Se aprueba definitivamente el proyecto de ferrocarril de Madrid á Navalcarnero.

Los Sres. Hoppe y barón de Covadonga reproducen dos proyectos de ley.

Se acuerda que se suspendan las sesiones hasta el día 8 de Enero, y se levantó la de ayer á las siete.

CONGRESO

SESIÓN DEL DÍA 22 DE DICIEMBRE DE 1888

Se abre á las dos y media, bajo la presidencia del Sr. Egüillor, con muy contado número de señores diputados.

El secretario lee el acta de la anterior y es aprobada.

Se da cuenta del despacho ordinario.

El señor ministro de Hacienda, de uniforme, sube á la tribuna y lee varios proyectos de ley relativos á transferencias de crédito, los cuales pasan á la comisión de presupuestos.

El Sr. Perojo hace presente que está conforme con las explicaciones que dió ayer el señor ministro de Hacienda, contestando á los ruegos que le dirigió el Sr. Alvear acerca del reparto de consumos en la provincia de Santander.

El Sr. Díaz Villar pide nuevos datos á los ya reclamados, para tomar parte en la interpección pendiente sobre el asunto de la indemnización Mora.

El orador continúa hablando hasta que no puede más.

El señor ministro de Fomento le contesta brevemente, manifestando que procurará satisfacer los deseos expresados por el Sr. Villar, de que se activen unas importantes obras en la provincia de Oviedo.

El Sr. Gutiérrez Vega apoya una proposición de ley para que se construya un ferrocarril de San Sebastián á Pastrana (Guipúzcoa).

Cuestión militar.

El Sr. Dávila, antes de explicar su interpección, espera que el Gobierno informe á la Cámara acerca de los sucesos ocurridos en la redacción de *La Correspondencia Militar*.

El señor ministro de Gracia y Justicia dice que se excusa de dar pormenores, porque todo el mundo los conoce; lamenta que en la Cámara se susciten debates que puedan crear antagonismos en el ejército.

Declara que el Gobierno depurará los hechos y aplicará todo el rigor de la ley á todos los que hayan delinquido.

El Sr. Dávila considera que ha hecho un favor al Gobierno, al Parlamento y al país, tratando de normalizar este debate, que en el día de ayer tomó extraordinarias proporciones.

Dice que existen disposiciones terminantes, en las que se prohíbe á los militares intervenir en las contiendas por medio de la prensa, y al efecto cita una real orden de 1842, otra de 1843, una orden del general Prim en 1869, y otra en tiempos de la república.

El Sr. Canalejas: El Gobierno—dice—no teme estos debates; al contrario, la iniciativa del diputado es libre, es completa, y el Gobierno cree que venga peligro alguno porque se ejercite esa iniciativa.

El Sr. Dávila ha afirmado que no hay Gobierno, y contra esa afirmación opongo yo la negación más absoluta.

Lee el Sr. Canalejas una disposición de 1867, en la que se consideran punibles aquellos actos que tiendan á relajar la disciplina y producir antagonismos en el ejército.

Termina diciendo que cualquiera que sea la influencia que proteja á un periódico que delinca ó á una persona que cometa algún acto contra las leyes, el Gobierno los castigará enérgicamente.

El Sr. Dávila rectifica y dice:

«Supóngase que es director de un periódico un teniente del ejército y redactores, oficiales del ejército, y colaboran en él sargentos del ejército, y se cobran recibos á cargo de los cuerpos del ejército...»

El señor ministro de la Guerra: Pido la palabra.

El Sr. Dávila: Dispénseme mi amigo, el general Chinchilla; no me refiero á esta época en que S. S. desempeña dignamente el ministerio de la Guerra. Hago sólo unas cuantas hipótesis.

Si esas hipótesis se realizasen ¿no tiene medios el Gobierno de reprimir esas tramitaciones y castigar esos actos?

El señor ministro de la Guerra contesta que el militar no puede inmiscuirse en debates de carácter, ni intervenir en contiendas por medio de la prensa periódica.

Yo aseguro—dice—al Sr. Dávila, que no ocurre nada de particular; pues los hechos á que S. S. se ha referido, no son más sino que unos oficiales fueron á pedir explicaciones de algunas palabras de un artículo, publicado en su periódico.

Rectifican brevemente los Sres. Dávila y Chinchilla.

El Sr. Suárez Inclán interviene en el debate.

